

LA EDUCACIÓN MUNDIALISTA

Pere Fontán Jubero

Catedrático de INB, Girona

RESUMEN

En el intento de educar a los niños en una conciencia de ciudadanía mundial se tropieza con el obstáculo de la soberanía ilimitada que se atribuyen algunos Estados. Partiendo de la idea de un federalismo mundial que realizaría la unidad planetaria, y basándose en una idea ética de justicia universal, se llega a un programa pedagógico de educación mundialista, que es una educación integral propugnada por el Instituto de Estudios Mundialistas.

RÉSUMÉ

Dans la tentative d'éduquer les enfants dans une conscience de citoyenneté mondiale, on se heurte à l'obstacle de la souveraineté illimitée que s'attribuent certains états. En partant de l'idée d'un fédéralisme mondial qui réaliserait l'unité planétaire, et en se basant sur une idée éthique de justice universelle, on arrive à un programme pédagogique d'éducation mondialiste, qui est une éducation intégrale défendue par l'Institut d'Etudes Mondialistes.

ABSTRACT

In an attempt to educate in children a world citizenship conscience, one runs up against the unlimited sovereignty which some States claim for themselves. A pedagogical programme of world education is developed, stemming from the idea of a world federalism which would achieve planetary unity. Based on an ethical idea of universal justice, this programme is an integral education encouraged by the Institute of World Studies.

En la realidad contemporánea cabe descubrir indicios insoslayables de gestación de un nuevo humanismo planetario.

La tecnología moderna ha acercado mutuamente a todos los hombres de la tierra; los ha sumido bajo los mismos problemas y expectativas; ha creado una portentosa red de múltiples influencias e intercambios entre todos ellos, hasta tal punto que la acción de un Estado, dentro del sistema, involucra automáticamente a todas las demás naciones del planeta, en un mismo destino común.

Se producen de esta forma una serie ininterrumpida de reacciones en cadena, de ida y venida, de acción y reacción, que recorre toda la red de Estados y naciones del globo.

Todo el planeta forma así, en la actualidad, un sistema mundial cerrado que a todos nos involucra y a todos nos arrastra, para bien o para mal, de forma conjunta.

Es decir, hoy los hombres nos vemos obligados (nos guste o no) a vivir más juntos que antaño, enfrentados ante graves problemas militares, ecológicos, sociales y económicos, y sin embargo mantenemos en nuestro interior una pluralidad de prejuicios, estereotipos, fanatismos o dogmatismos que generan divergencias y conflictos con nuestros semejantes. La unidad del mundo responde, pues, a motivos objetivos aun cuando existan también los subjetivos.

El presente caos del mundo se debe, pues, en gran parte, al hecho de que mientras la solidaridad objetiva de las naciones ha avanzado al mismo ritmo que el desarrollo vertiginoso de la tecnología, su solidaridad subjetiva ha quedado por detrás de ella, estancada a un nivel inferior.

Los conductores de los automóviles que se encuentran ante una obstrucción de tráfico se hallan en una situación de unión y solidaridad objetiva tan estrecha como las gotas de agua en un tubo; sin embargo su solidaridad subjetiva es probablemente nula. Cada conductor ve en este caso a los demás como un estorbo a su libertad. Desearía que no existieran. La situación del mundo actual, por desgracia, es parecida a la que se encuentra reflejada en esta metáfora.

¿No explica esto en gran parte el malestar del mundo contemporáneo? La agitación nerviosa, crispada, virulenta de los hombres, pueblos y naciones de nuestro siglo se debe, sin duda en gran parte, a esta flagrante contradicción en que vivimos. *Mientras el mundo nos empuja a unirnos, nos vamos encerrando cada vez más dentro de nosotros mismos.* Urge pues, para evitar un

inminente conflicto, proceder a una profunda transformación subjetiva de la naturaleza ética del hombre para sincronizarlo con la marcha del mundo exterior.

Es el hombre interior el que debe transformarse para crear un nuevo y más justo modelo de comunidad social. Debemos recobrar el sentido de la totalidad, que, como sostiene Garaudy, nosotros hemos perdido frente a otras civilizaciones¹. *Si el mundo exterior nos une, nosotros debemos también recobrar los sentimientos éticos que nos unen unos a otros* para poder realizarnos y desarrollar al máximo nuestras posibilidades en las actuales circunstancias.

EL OBSTÁCULO DE LA SOBERANÍA ILIMITADA DE LOS ESTADOS

Está claro que la soberanía ilimitada e incontrolada de cada Estado constituye un verdadero obstáculo para todos aquellos esfuerzos encaminados hacia la organización colectiva y la paz en el mundo. Todas las guerras y conflictos internacionales que hemos sufrido en los últimos siglos han venido originados por los enfrentamientos violentos entre Estados nacionales dotados de soberanía ilimitada.

Los principios de la soberanía absoluta, sin límites, de los gobiernos de los distintos países son uno de los mayores obstáculos en el camino de la salvación colectiva de la humanidad. Los Estados nación soberanos, nacidos en Europa como medio para salir del feudalismo, y consagrados por el Tratado de Westfalia que puso fin a la guerra de los Treinta Años, son en realidad los responsables directos de los conflictos bélicos que hemos sufrido en nuestro siglo.

Sin embargo, cada país -pequeño o grande, pobre o rico, antiguo o moderno- se muestra eminentemente celoso de sus prerrogativas soberanas, y declara sus fronteras sacrosantas e intocables. Cada uno de los 150 Estados del planeta afirma con intransigencia sus derechos soberanos. De hecho, el culto a la soberanía ha devenido una cuestión tan inapelable que ni siquiera nos damos cuenta de sus incongruencias y sus perniciosos resultados, ni del terrible precio que todos los ciudadanos tenemos que pagar. Aurelio Peccei ha expresado de forma muy

¹ GARAUDY, R., *Diálogo de civilizaciones*, Edicusa, Madrid 1977, p. 164.

elocuente los intereses que se esconden bajo la noción tabú del principio de los Estados soberanos: «Si la soberanía territorial sigue representado la clave del arco del orden mundial y si su aparato goza de privilegios sin igual, se debe a que ambos resultan, en efecto, tan indispensables a las personas instaladas en el poder como al pez el agua. El Estado soberano es su feudo. Su pompa, su retórica y su egocentrismo les convienen no menos que sus estructuras y superestructuras (...) Les ofrece medios infinitos para influenciar psicológica y políticamente a los ciudadanos, para lavar sus cerebros o hacer llamadas al nacionalismo, léase chauvinismo. He aquí por qué el mundo oficial de todos los países, desde los más conservadores a los más progresistas, cierra filas únicamente contra los que se atreven a afirmar filas unánimemente contra los que se atreven a afirmar la subversiva verdad de que la ortodoxia del Estado soberano es, además de peligrosa, insostenible y perfectamente ridícula en el mundo moderno»².

Para garantizar la paz en el mundo y conseguir una gestión ordenada de los asuntos humanos a escala mundial, resulta, pues, necesario que los pueblos consigan que los estados renuncien al principio de soberanía ilimitada y delegen parte de su poder a organismos supranacionales. Éstos se encontrarían entonces, como es obvio, en mejores condiciones para salvaguardar el orden internacional y resolver el cúmulo de dilemas con que se enfrenta la humanidad toda.

EL FEDERALISMO MUNDIAL

Por otra parte, dicha transferencia de poder podría realizarse de forma que no implicara peligro o prejuicio para ningún Estado. Bastaría para ello que todos los Estados del mundo renunciaran o delegaran una parte o fracción de su soberanía (exactamente la misma para todos ellos) de manera que para ninguno pudiera derivarse ventaja alguna.

Esta postura mundialista defendida por Albert Einstein, Bertrand Russell, Jean Rostand, Albert Camus, Karl Jaspers, entre otros muchos intelectuales y científicos del mundo contemporáneo, no es empresa fácil porque choca con el egoísmo e intereses

² PECCEI, A., *Testimonio sobre el futuro*, Taurus, Madrid 1981, p. 106.

creados de los Estados. Pero, por otra parte, no hay otro camino para dotar de fuerza real y decisoria a los organismos internacionales encargados de defender la paz en el mundo actual.

El mundialismo trata, pues de realizar un nuevo orden y una nueva organización política de la humanidad que suponga una transferencia de una parte de la soberanía nacional a una Autoridad Federativa Mundial capaz de resolver, mediante decisiones mayoritarias, los problemas que amenazan la continuidad de la vida de la especie humana.

Por supuesto la creación de instituciones y leyes supranacionales de estructura federativa debería llevarse a cabo con el debido respeto a las distintas culturas y pueblos que conviven en el planeta. El mundialismo, gracias a su organización federal, permitiría a cada nación mantener su personalidad y fisonomía propia, sus específicas estructuras sociopolíticas internas, sus costumbres y tradicionales, y esto sería perfectamente compatible con la delegación simultánea que ellas harían al poder central de todas aquellas competencias que no pueden ser ejercidas a nivel nacional, a causa del grave riesgo que entrañan de afectar o dañar, con mayor o menor intensidad, a otras naciones o países colindantes.

En el seno de un Estado Federal, como el de los EE UU o de la URSS, los distintos estados federales que lo componen ceden parte de su soberanía en determinadas competencias (educación, justicia, sanidad, etc.) al poder central. Pues bien, dentro del ámbito de un Gobierno Federativo Mundial, siguiendo la misma lógica, cada uno de los Estados nacionales del planeta cedería, a su vez, parte de su soberanía en manos del Gobierno Mundial. En este caso las competencias a delegar en manos del Gobierno Mundial serían prioritariamente, por razones obvias, las referentes a la construcción y control de armas, regulación de los intercambios comerciales, producción de energía nuclear, la distribución de materias primas, los asuntos referentes al desarrollo del tercer mundo, o las cuestiones relativas al medio ambiente.

LA UNIDAD PLANETARIA UNIVERSAL

Pero son muchos los obstáculos que se oponen al mundialismo. Un nacionalismo bien entendido no es obstáculo para el mundialismo; por el contrario, es sustrato y requisito indispensable. La «ciudadanía universal es el complemento de la ciudada-

nía nacional»³. Pero cuando el sentimiento patriótico se exagera, y se convierte en chauvinismo, llegando dicho sentimiento a una polarización anormal de los efectos hacia el propio país con desprecio de los demás, entonces sí que se opone de pleno al mundialismo y a la comprensión internacional. Y, por supuesto, mucho más aún la xenofobia, que censura y desvaloriza sistemáticamente todo lo extranjero, como si todas las virtudes humanas se concentraran dentro de las propias fronteras.

Los prejuicios y estereotipos, el fanatismo y la intolerancia, el racismo y el «clasismo», son otros tantos enemigos acérrimos de la sociedad mundial. Pero, tal vez, el obstáculo más importante con que se enfrenta el mundialismo es la abismal diferencia en el nivel de desarrollo entre las distintas naciones. Los países pobres difícilmente aceptarán -mejor dicho no deberán en ningún caso aceptar- un gobierno mundial, incluso de tipo federal, en el cual se mantengan los actuales desequilibrios económicos.

La creación de una sociedad mundial que garantice la paz es, pues, responsabilidad prioritaria de los países desarrollados. Éstos deberán emprender la iniciativa de ayudar económicamente a las naciones pobres para paliar las actuales diferencias socioeconómicas, del todo injustificadas, entre los distintos pueblos de la tierra. La tímida acción de ayuda del 0,7 % del PNB, por parte de las potencias desarrolladas, deberá aumentar de forma considerable en el futuro, so pena de desembocar en un grave conflicto armado de consecuencias incalculables. Los países ricos deben comprender -en cierta medida ya empiezan a saberlo- que deben ayudar a los pueblos del tercer mundo no tanto por motivos filantrópicos, como en defensa egoísta de su propia seguridad. Mejor perder algo de su poder y riqueza, antes que exponerse a perderlo todo por la fuerza.

La unidad planetaria exige, por consiguiente, la justicia universal. La justicia universal es hoy a la vez una idea y un ardor del alma incontenible. Sin ella no puede haber hoy, sobre la tierra que habitamos, ni paz ni armonía ni gobierno mundial.

Pero también, por razones de justicia, los pueblos subdesarrollados deben comprender que la justicia universal no puede alcanzarse de forma repentina. Requiere un proceso lento, gradual, paulatino, pero -a su vez- persistente por parte de los países ricos. Con tal de que se cumpla este requisito, el mundo podrá

³ INSTITUT DE L'UNESCO POUR L'ÉDUCATION, *Le rôle du maître dans le développement de la compréhension internationale*, Hamburgo 1955, p. 7.

avanzar hacia un destino convergente y pacífico. Más en caso contrario, la injusticia podría justificar el desorden.

ÉTICA Y PEDAGOGÍA

La justicia universal es condición necesaria para alcanzar la futura sociedad mundial, pero no suficiente. Para alcanzar la deseable unidad planetaria sin riesgos de uniformidad anónima e impersonal, lo primero que se requiere es una profunda transformación ética del hombre que le capacite para asumir los nuevos valores de una comunidad planetaria.

De hecho la esfera íntima del sentimiento del hombre se ha quedado estancada a niveles muy inferiores a la del resto de sus facultades, y lo que tratamos aquí de defender es la urgencia de que ésta adquiera un nivel de expansión acorde con el del resto de sus dimensiones.

En efecto, el conocimiento del hombre ha alcanzado, en el campo de la ciencia, una amplificación enorme. Y cada aumento de conocimiento ha sido acompañado de un correspondiente incremento de lo que podía realizar, de su voluntad de transformación de la realidad en que se encuentra inmerso. De esta manera nunca hemos llegado a ser tan capaces como hasta ahora de moldear la vida de la tierra a nuestro antojo, de destruirla irremisiblemente mediante el arsenal nuclear hoy acumulado. El poder y el saber del hombre es ya planetario. Abarca toda la extensión de la sinuosa y multiforme geografía de la tierra.

Asimismo, en el campo de la organización socio-política, hemos ido extendiendo nuestro ámbito de vida de la familia a la tribu, de las tribus a las naciones, de las naciones a las federaciones de naciones, y estamos ya por llegar a la unidad sociopolítica del mundo.

Pues bien, para que esta unidad no sea la de un superestado despótico, que nos mantenga unidos por la fuerza bruta y la coacción, predicamos una expansión también universal (como la de la técnica, la ciencia, la voluntad o la organización social) del sentimiento humano. Se trata de que las emociones que anidan en nuestro íntimo ser (y que determinan los fines de nuestra conducta) adquieran algo de la inmensidad de nuestras contemplaciones cósmicas. Esta amplificación del yo en la esfera del sentimiento -expansión, repito, acorde con la de las otras dimensiones conquistadas por la vida humana a través de su evolución-

llevaría a que los hombres pudieran quererse no solamente de esposo a esposa, de hermano a hermana, de ciudadano a conciudadano, sino también de humano a humano en un mundo en vías de convergencia.

Pero el hombre no puede experimentar el contacto enriquecedor de los valores de forma espontánea, sino que para ello se requiere un proceso, más o menos largo, de iniciación y aprendizaje. La humanidad tiene, pues, que conquistar esta nueva realidad axiológica mediante la ayuda del proceso educativo.

LA EDUCACIÓN MUNDIALISTA COMO PROGRAMA PEDAGÓGICO

El problema del mundialismo es, por tanto, un problema de educación. Se requieren una estrategia y una estructura educativas que preparen y transformen a los hombres para la asunción voluntaria de unos valores de rango planetario, que faciliten la convivencia pacífica y creadora entre todos los pueblos.

La educación debe responder adecuadamente a este nuevo reto de los tiempos modernos. Es necesario operar entre todos una profunda revolución pedagógica que transforme a la educación nacionalista tradicional en una nueva educación mundialista. Hay que conseguir que los educadores comprendan que actualmente no se trata únicamente de formar hombres de una nación, de un régimen o de una religión determinadas, sino, sobre todo, miembros de una comunidad mundial.

Los educadores deben buscar los medios necesarios para conseguir establecer una educación sin fronteras, dirigida a formar personas libres, seres humanos que encuentren su realización mediante una generosa entrega al servicio de toda la humanidad. Toda la enseñanza institucionalizada tiene que comprometerse a realizar, entre otras, la noble labor de configurar en el espíritu del educando una sensibilidad planetaria.

Una educación mundialista requiere, en primer lugar, una enseñanza imparcial y objetiva de la historia. Bajo el contexto de la educación nacionalista, cada país ha proyectado sobre los demás sus propios defectos y, en contrapartida, se ha apropiado de las virtudes de los países extranjeros. Se ha educado y aún se educa al niño en un nocivo ambiente de hostilidad hacia ciertas potencias extranjeras. Russell propuso, para paliar dicha defor-

mación, que los libros de texto fuesen redactados por una autoridad internacional que garantizara la debida neutralidad.

Pero no hay que ceñirse exclusivamente al campo de la historia. También en otras áreas del conocimiento habría que poner igual empeño. Roger Garaudy ha señalado igualmente la necesidad de cambiar el contenido de otros programas de educación, en el sentido de que en ellos las culturas no occidentales tengan tanta importancia como la occidental. Refiriéndose concretamente a la enseñanza de la filosofía, el pensador francés señala acertadamente lo siguiente: «Pongo mi ejemplo personal. Catedrático de filosofía, he pasado mis exámenes sin conocer ni una palabra de los filósofos de la India, de China, del Islam. En Occidente la filosofía es entendida en un sentido profundamente restrictivo. Se la considera una investigación puramente intelectual y no una manera de vivir (...) Excepto los especialistas, somos de una insondable ignorancia en todo lo que se refiere a la cultura no occidental»⁴.

Para paliar tales insuficiencias la UNESCO y otras instituciones educativas mundialistas han emprendido diversas acciones encaminadas a reformar la educación en el sentido mundialista. Ocupa un puesto de relieve, dentro de este campo, el CREPEM (Centre de Recherches et d'Etudes pour une Education Mondiale), que se propone sensibilizar a profesores y maestros con respecto a la necesidad de promover un civismo mundial.

Además, en el año 1978, en Francia, se fundó el *Instituto de Estudios Mundialistas*, organismo de cultura e investigación que se propone fundamentalmente dos objetivos: elaborar una prospectiva mundialista en los programas de los distintos niveles de enseñanza y crear una Facultad-Piloto de Ciencias Políticas y Humanísticas, autónoma y con vocación mundialista, y habilitada para la expedición de diplomas.

El Instituto de Estudios Mundialistas organiza, además, universidades de verano para investigar diversos aspectos relacionados con el ideal mundialista.

La introducción de la asignatura de «Educación Mundialista» en las actuales escuelas de formación del profesorado constituiría un hito importante en la misión encaminada a educar a las nuevas generaciones dentro de esta nueva sensibilidad planetaria. Los programas de esta nueva materia podrían ser confeccionados por el CREPEM y supervisados posteriormente por la

⁴GARAUDY, R., *op. cit.*, p. 118.

UNESCO y otros organismos internacionales, a efectos de garantizar su debida calidad y objetividad. Al cursar todos los futuros profesores esta materia, estarían en condiciones de dar posteriormente a sus alumnos una esmerada formación mundialista.

La transformación interior del hombre y su progreso ético-universal dependen de nuestra capacidad para asumir con éxito estas reformas dentro del campo de la enseñanza.

EL INCIERTO FUTURO

Pero sería quimérico suponer que la unión federal del mundo está a la vuelta de la esquina. Los mundialistas saben muy bien que se trata de un objetivo a muy largo plazo. Además, se trata de un futuro posible (futurible), o mejor aún, de un futuro deseable (futable, en lenguaje prospectivo), pero no de una realidad que sobrevendrá de forma inexorable. El porvenir está abierto a tantos caminos como estrellas hay en la Vía Láctea. Uno es la unidad federal del mundo. Otro la tiranía del superestado. Y otro, tan posible como los demás, el fin de los futuros para el hombre. Luchemos, pues, para no cancelar el futuro en el presente. Ésta es la gran responsabilidad que se juega entre nuestras temblorosas manos. Que no seamos tan inconscientes de elegir la senda que conduce al astro tenebroso; podría todo terminar en un infernal holocausto si no somos capaces de pensar en la humanidad en general con preferencia a este o aquel grupo de hombres en particular.

El nuevo humanismo planetario no es un lujo gratuito, sino una verdadera necesidad visceral de la especie humana para asegurar su subsistencia. Pues la humanidad, no sólo por el incremento incesante del número de sus miembros, sino por el aumento contínuo del área de su actividad individual que abarca toda la circularidad del planeta, se halla sometida a una colosal presión, susceptible de desencadenar de súbito, como una verdadera tempestad, una incontenible oleada de violencia y agresividad, caso de no conseguirse la asunción de un nuevo humanismo universal que distienda, relaje y suavice la relación entre sus miembros, por la aceptación gozosa de la convivencia en común bajo el nuevo sentimiento de unidad universal.

Reconocemos que alcanzar este nivel de «humanidad» no es cosa fácil. Se dirá que las grandes religiones, incluido nuestro cristianismo, han predicado hasta ahora en balde este amor

universal. Y esto es cierto. Pero también es verdad que hoy de súbito, aparece un nuevo contexto y confluyen una serie de circunstancias que hacen que, por primera vez, sea esto objetivamente posible. Hasta ahora la humanidad no constituía, tanto económica como psicológicamente hablando, más que fragmentos dispersos sobre la superficie de la tierra. Pero hoy, bajo la presión irresistible de los medios de comunicación y transporte, de las telecomunicaciones y avances tecnológicos a escala planetaria, y aún más, bajo los problemas en común que abrazan y amenazan a todo el orbe, parece llegado el momento coyuntural oportuno para que esos fragmentos se suelden y combinen, por encima de los egoísmos individuales y de los nacionalismos cerrados, en una hipersíntesis de la humanidad.

Sobre todo el hecho de que los problemas no sean locales o particulares, sino comunes, de ámbito mundial, nos tiene que conducir, tarde o temprano, a todos los humanos, a sentirnos sometidos bajo un *un destino común*.

El sentido de una evolución en común, de una problemática (ecológica, energética, convivencial e económica) en común, tiene necesariamente que conllevar, cuando se adquiera conciencia de ello, a potenciar infinitamente los vínculos de fraternidad entre toda la humanidad.

La nueva conciencia de una problemática conjunta y de un objetivo convergente que nos una para salvar a nuestra extrañable nave, la tierra, sobre la cual viajamos todos sin excepción, y así como de la destrucción bajo la guerra o la contaminación, puede vincular por primera vez a la humanidad bajo una entrañable unidad. En efecto, la historia nos enseña que cuando un pueblo se ha visto amenazado por un peligro, sus habitantes han llegado a unos extremos de solidaridad increíbles. Tal vez hoy, cuando la tierra entera se encuentra al borde del ocaso por una situación de la que son culpables todos los pueblos sin excepción, cuando la amenaza es común a todos los humanos, emerge una nueva realidad sobre la tierra: la solidaridad universal.

EL FUTURABLE MUNDIALISTA Y LA EDUCACIÓN INTEGRAL

Para que el futurable mundialista se convierta, lo más rápidamente posible, en una realidad palpable se precisa una profunda reforma educativa. En la sociedad occidental se ha instruido a la

gente para las conquistas exteriores, para la habilidad técnica, para el dominio de la naturaleza, olvidando así el cultivo de los valores de solidaridad y cooperación entre los hombres. Se ha preparado a la juventud para la posesión técnica de las riquezas del mundo exterior sin entregar apenas, en contrapartida, el menor esfuerzo para avisar en su interior sentimientos de simpatía hacia los pueblos y culturas que le rodean.

Se forma a los profesores para transmitir a los alumnos determinados contenidos y ciertas habilidades; para que memoricen conocimientos sobre el mundo periférico o aprendan técnicas de dominio; para que se instruyan en idiomas o aprendan a realizar complicados cálculos aritméticos. Todo esto es, ciertamente, necesario; pero no es suficiente. Y, a consecuencia de ello, los jóvenes reciben instrucción, mas no educación; son informados, pero no formados en el seno de las aulas. Surgen así nuevas generaciones capaces de ver lo que hay, pero ciegas ante lo que debe haber. Perciben hechos, mas no derechos. Topan con lo real, pero no pueden desvelar el panorama de lo ideal. Se les ha amputado la vertiente más extraordinaria del alma humana. No pueden soñar mundos mejores, y zozobran ante la brutalidad de los hechos desnudos.

La realidad es triste, porque siempre en el mundo ha predominado el mal sobre el bien, la injusticia sobre la equidad, el odio sobre el amor. La realidad no reconforta ni ayuda a vivir. Sólo la conciencia del «deber ser» proyecta sobre «lo que es» cierto ánimo y esperanza.

Pero la mayoría de los jóvenes carece de esta sublime conciencia porque no han sido cultivados en ella. El joven, a causa de deficiente formación, vive sólo los hechos, mas poco los valores. No alumbra en su interior la esperanza de un mundo mejor. No puede sentirse atraído por el deseo imperioso de salvar -en la medida de lo posible- el abismo que separa lo real de lo ideal. De este modo se siente anonadado, vacío, insatisfecho.

La educación mundialista puede contribuir a llenar este vacío y aportar una dimensión insoslayable para colmar una verdadera educación integral en el seno de la escuela contemporánea.